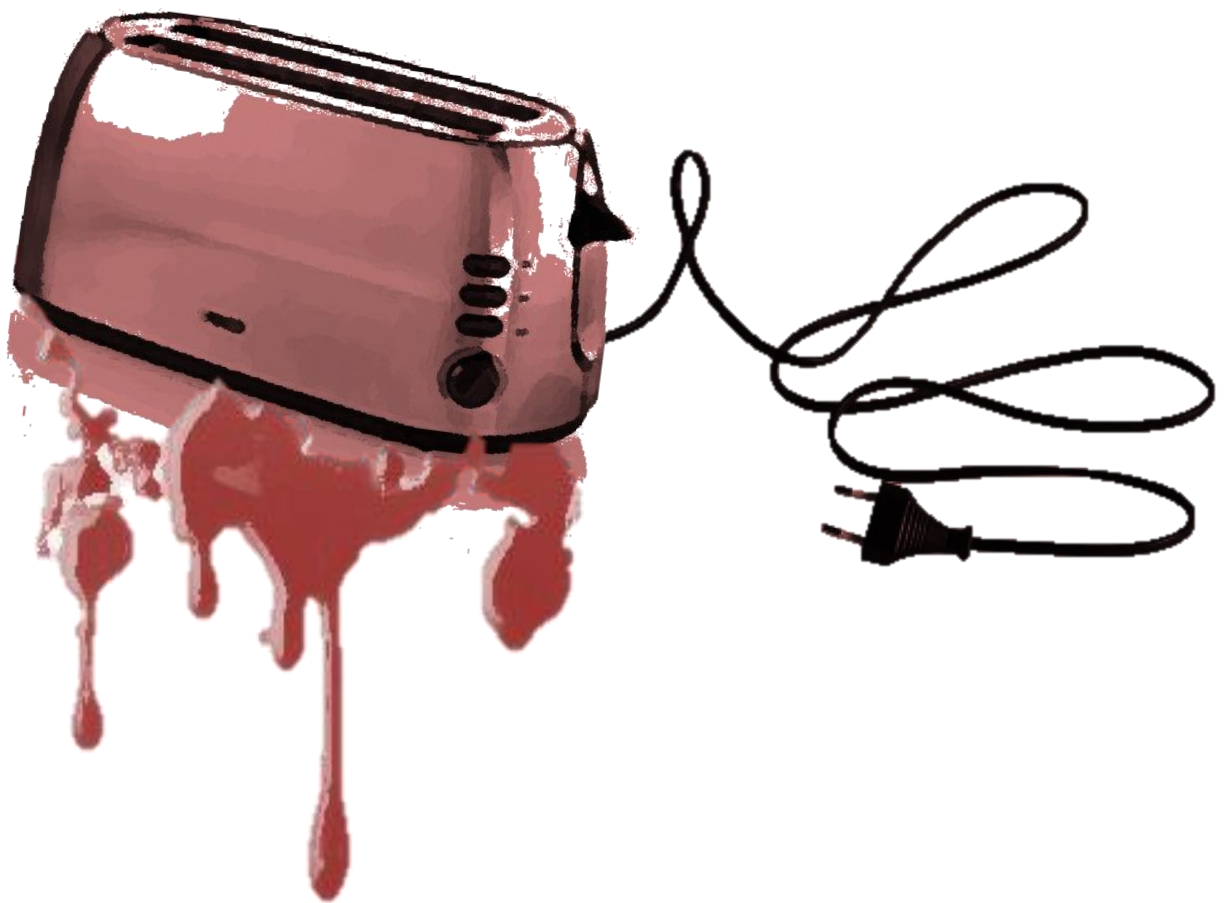


PALABRAS DE UN  
ÁLTER EGO

(Yo)



Sabes que necesitas el miedo. Susurra a tu oído y su voz es como una daga de hielo que apenas si roza tu piel. Tu piel, tensa, nerviosa, que amenaza con desgarrarse en cualquier momento para acabar con todo de una vez. Pero sabes que lo necesitas; es, como muchos siempre han afirmado, algo propio de nuestra naturaleza que nos ayuda a sobrevivir.

Hoy, tu habitación trata de confortarte. Algo falla, porque la acogedora candidez de tu cama ya no te da la fuerza con que antes ornabas magistralmente tus actos. Sí, antes eras fuerte. Eras invencible porque habías comprendido en qué consistía la vida. La vida es autoconciencia y es algo reflexivo: conforme más intensamente juegas con ella, más se reafirma en su existencia y su utilidad.

Comenzaste tus prácticas de autoinmolación una madrugada de octubre, ¿recuerdas? Días después de ver la imagen de tu pareja, grisácea e hinchada, dándose un eterno baño de agua carmesí con la tostadora. Sentías la necesidad de inyectarte una dosis de violencia administrada sin medida, o elegir el suicidio y seguir el ejemplo de tu amante. Optaste por la primera opción, sí, pero manteniéndote al acecho de la segunda. Cuando las venas de tus muñecas se abrieron, aparecí yo por primera vez. Para enseñarte a disfrutar del dolor, y a no llegar hasta el final, para poder seguir disfrutándolo.

Antes habías sido un hombre relativamente normal, al menos estabas a la misma distancia de la felicidad que la mayoría de los seres humanos. Pero la vida quería más de ti. El suicidio de la bañera pudo con tu resistencia, y el miedo a ti mismo se materializó en mi persona. Lo cual me enorgullece mucho, porque hemos pasado momentos inolvidables juntos.

Al principio yo solo te hablaba en tu soledad, cuando las crisis de ansiedad y los cortes cutáneos fueron reiterando. Y cuando en bocas ajenas se empezó a especular sobre ti con palabras como “demencia”, “esquizofrenia”, “bulimia”, “psicopatía”, me enfadé y reaccioné.

¿No crees que era más entretenido, arriesgado y excitante maltratar otros cuerpos que no fueran el propio? Nos gustaba igual o más que las torturas individuales. Además, en estos casos sí se podía llegar hasta el final.

¿Cuál fue la primera persona a la que asesinamos? Es curioso, debería haber sido un suceso digno de recordar, pero en mis recuerdos se mezclan imágenes fugaces, dudosas y aparentemente oníricas... la boca abierta de la camarera ahorcada, la mano inerte del cartero despedazado, la ausencia placentera del escritor que enterramos vivo.

Nunca te ha gustado que la gente tache de horrendo todo aquello que a ti te parece divertido. Es algo que escapa a tu comprensión: tú haces aquello que más felicidad te aporta, y los demás, en lugar de admirarte y seguir tu ejemplo, se dejan corroer por la envidia, te persiguen e intentan privarte de todo impulso homicida.

¿Qué tal un secuestro para esta noche? Oh, sí. Será un adolescente con sueños en forma de vacío y un futuro susceptible de esfumarse en unas horas. Esta noche hace calor. En el barrio del sur, el de los chalets adosados, seguro que hay muchas ventanas suplicantes por un poco de brisa nocturna, abiertas de par en par y esperando a que profanes el silencio sordo de la casa. Aquella, por ejemplo. Fíjate, si se ve desde aquí. Es un dormitorio muy bien amueblado. Las tinieblas no dejan vislumbrar la cara del individuo yacente. Pégale con el bate, tápale la cabeza y mételo al saco. La rutina de costumbre.

Caminas ya de vuelta a casa con tu saco y todo ha salido a pedir de boca. Ya en casa, enciendes la tenue bombilla del sótano, maniatas al secuestrado y esperas. Miras el techo, ajado y descorchado, miras las goteras húmedas que enverdecen el aroma putrefacto del aire, miras una rata que olfatea el ambiente, advirtiendo peligro y sintiendo tu miedo. Siempre presente, tu miedo. No sabes qué es lo que temes, pues ya superaste el miedo al mundo en tu infancia, al amor en tus romances, a ti mismo en mi creación y a la muerte en nuestras incursiones por entre los caminos del delicioso crimen. Tu víctima tose. Es hora de retirar la bolsa que cubre su cabeza. Antes, no obstante, decides animar un poco más el espectáculo; le asestas un puñetazo en la boca del estómago, le lames sádicamente un brazo y te ríes históricamente.

Un momento, ¿por qué no grita? ¿Por qué no solloza? ¡No suplica, no gime siquiera!

Agarras la bolsa y descubres su rostro. Está sonriendo. Sus dientes maquiavélicos parecen afilarse ante tu mirada pasmada e incrédula. Sus sienes palpitan de expectación, pero las tuyas palpitan más fuerte, de incompreensión. Su barba de dos días queda mucho mejor con su expresión burlesca que con tu mandíbula desencajada.

Es él, soy yo, eres tú.

Los mismos rasgos físicos. Te has raptado a ti mismo. ¿Qué significa todo esto? Has alcanzado los límites de tu entendimiento. Sí, habías superado el miedo al mundo, al amor, a ti mismo, a la muerte; pero no a todo junto, como en este preciso instante. Te invaden la nada, el odio y la incertidumbre. Alza una mano y te saluda. Se ha desatado.

Se acerca despacio hacia ti, casi con parsimonia. ¿Dónde estoy yo? No sé, no sabes. No sabemos siquiera si yo soy él, dado que él es tú y tú eres yo.

Comienzas a correr escaleras arriba, presa del pánico. Abro el grifo de la bañera. El rehén va a la cocina y coge un cuchillo de carnicero. Echamos el cerrojo del baño, ante todo no debe entrar. Abres de nuevo la mampara con el fin de comprobar si ya se ha llenado la bañera, cuando aparezco yo dentro, empuñando el cuchillo. Estás paralizado, y aprovecho para

dibujarte con la punta de mi arma una lágrima de sangre desde tu pómulo derecho.

Tus ojos se humedecen, él está sentado en el retrete, acunando la tostadora entre sus brazos. Yo te abrazo desde la bañera, él te abraza por la espalda.

Los tres, abrazados, entramos en el agua, que está fría y empieza a desbordarse. En el sótano, la bombilla se funde y la rata chilla y vomita.

Es un momento hermoso: la tostadora enchufada cae al agua, a la vez el cuchillo toma dirección a la yugular, a la vez los tres reímos, y lloramos, y alzamos nuestras roncadas voces de loco.

Y así, sin pensar y sin sentir, dejamos que la vida se nos escape por el desagüe y se sumerja en nuestra propia mugre que corre por las cañerías del olvido, y dejamos de ser, y todo es macabro, y todo es bello.

Y todo es negro.